

¡Vamos de Shopping a la Iglesia en Línea!

Por David Coyzis
13 de abril de 2020.

Durante la pandemia del coronavirus COVID-19 nuestra iglesia se vio en la necesidad de trasladarse a una presencia en línea. Hemos tenido un canal en YouTube desde hace unos pocos años, de modo



que la infraestructura técnica ya estaba en su sitio para permitirnos esto. Durante las semanas pasadas, hemos adorado desde los hogares, encendiendo nuestros televisores mientras nos sentamos en los sofás de nuestras salas, cuyos cojines son más cómodos que las bancas de madera de 112 años de edad que hay en nuestro santuario. Incluso celebramos la Cena del Señor el Domingo de Ramos, proveyendo cada uno el pan y el vino, habiendo sido consagrados a 2 kilómetros de distancia por nuestro ministro. No es lo mismo, por supuesto, pero así tendrá que ser por ahora. Podemos estar agradecidos a Dios de que nuestros medios técnicos han llegado tan lejos como para poder adorar de esta manera, lo que no podríamos haber hecho hace unos veinte años.

Se me ha ocurrido que la actual cuarentena puede producir algunos cambios permanentes en la manera como vivimos nuestras vidas. El cambio del trabajo y el aprendizaje a distancia, que ya se están realizando, puede ser acelerado. Puede que la familia no tenga que desarraigarse para seguir el mercado laboral a medida que más gente trabaje desde el hogar, viajando cuando sea necesario, sin que sus vidas y comunidades se vean afectadas. Esto será algo muy bueno, según lo veo.

Sin embargo, el efecto en nuestras iglesias puede ser más negativo a largo plazo. Hace algunos pocos años escribí un breve artículo sugiriendo que la invención del automóvil puede haber echado a andar la más grande revolución en la eclesiología en dos milenios, dado que transformó a los miembros de la iglesia en consumidores espirituales dispuestos a conducir largas distancias para encontrar una iglesia que creyeran que era la apropiada para ellos.

La parroquia territorial no puede resistir fácilmente esta nueva eclesiología. La propiedad casi universal del automóvil ha convertido a los

cristianos de casi todas las tradiciones en consumidores de bienes espirituales percibidos. Es de rigor estos días afirmar que se es “espiritual pero no religioso,” porque religión implica una obligación vinculante dentro de una comunidad autoritativa mayor, mientras que espiritualidad deja al individuo en control y no necesita incluir en ello una vida transformada y afectos redirigidos. Todos se convierten en buscadores y las iglesias se ven obligadas a atraer miembros potenciales por cualquier medio necesario. ¿Por qué? Porque nadie tiene que ponerse de manifiesto, después de todo. Pueden fácilmente irse conduciendo más allá de la iglesia más cercana y encontrar otra congregación que llene mejor sus necesidades subjetivas. O pueden simplemente quedarse en casa y dormir hasta tarde. El efecto neto es que la iglesia institucional no tiene más autoridad de la que sus miembros estén dispuestos a concederle. En otras palabras, es más una asociación voluntaria que no es esencialmente diferente de la sociedad local de observadores de aves.

Cuarentena ahora significa que podemos asistir a la iglesia y quedarnos en casa y dormir hasta tarde. ¿Quién podría discutir con eso? En el período previo a la Semana Santa, comencé a considerar todas las iglesias que estarían transmitiendo servicios de adoración en línea en nuestra zona horaria. Quizás podría probar con la Décima Presbiteriana en Filadelfia o con la Presbiteriana El Redentor en New York. ¿Qué daño podría hacer si, tan sólo una vez, “asistiera” a otra iglesia antes que a nuestra propia congregación? Una búsqueda rápida en Google seguramente daría como resultado cientos de iglesias en los Estados Unidos y Canadá con las cuales podría adorar. ¿Por qué no?

Al final decidí que esto no sería correcto, pues me estaría convirtiendo en un consumidor de iglesia antes que en un miembro de la comunidad de los fieles en adoración, sujeto a su autoridad eclesiástica. Sí, el giro a la adoración en línea es necesario durante este tiempo extraordinario, pero oro que resistamos la tentación de hacer de esto una parte permanente de la vida y arriesgar la posibilidad de que los cristianos adoren desde la casa de ahora en adelante, alejándose poco a poco de la iglesia. La iglesia es una comunidad de gente real reuniéndose en lugares reales celebrando su salvación en Cristo de maneras palpables. A medida que le hacemos frente a una emergencia que nos está forzando a vivir con lo inusual, hagamos todo el esfuerzo de no olvidar esto.

Este artículo fue publicado originalmente en inglés y se encuentra disponible en la dirección: <https://wp.me/p3Jfol-4wY>

Traducción de Donald Herrera Terán, para www.contra-mundum.org